

Periodismo y viajes

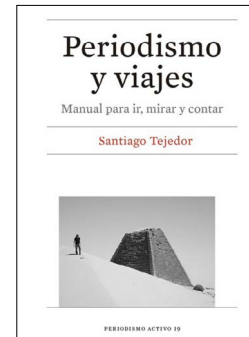
Santiago Tejedor Calvo

Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona

Barcelona, 2021

276 pp.

ISBN: 978-84-9168-702-3



Decía Ortega que empezar a dudar significa empezar a entender. Este pensamiento me ha rondado la cabeza insistentemente mientras leía *Periodismo y viajes*, del profesor y periodista Santiago Tejedor. El libro, de hecho, arranca con una reflexión preliminar sobre el concepto “periodismo de viajes”, que lleva al autor a dudar de la expresión misma y a plantear la hipótesis de que “el periodismo de viajes no existe”.

El problema radica en la preposición “de”, reminiscencia del genitivo latino que introduce un matiz de pertenencia que, si bien no compromete el significado del sintagma (pues todos entendemos que *periodismo de viajes* es aquel que trata de los viajes como argumento informativo), sí se apropia de una realidad que es connatural a toda actividad periodística: el hecho de viajar.

El periodista viaja. Viaja para conocer, comprobar y referir el resultado de sus pesquisas. Paracelso concebía el viaje como un método de conocimiento, y en esta línea sitúa Tejedor el concepto: “¿Qué periodismo no es viaje? El económico, el cultural, el político, el internacional -por supuesto-, el medioambiental, el deportivo... Todos viajan. Necesitan viajar. O sea, todos están hechos de viaje” (p. 16).

Esta aproximación pragmática que el autor resuelve cambiando la preposición “de” por la conjunción copulativa “y”, coloca al lector en una postura muy apropiada para asimilar la propuesta epistemológica de Tejedor: la posición de la duda, o sea, la actitud inquisitiva del que se pregunta por qué las cosas son como son para llegar –de nuevo con Ortega– a la plenitud de su significado. “La y es la adición o coexistencia de características, entidades o acciones. Periodismo y viajes hacen buen equipo. Suman. Se complementan. (¿Se necesitan?)” (p. 18).

Tal y como reza el subtítulo del libro (*Manual para ir, mirar y contar*), el lector tiene en sus manos un texto abierto, propositivo, “líquido” diríamos con Bauman, en el sentido de que no da nada por sentado ni definitivo. Esta característica la adquiere el texto de su naturaleza polifónica, dado que el autor ha entrevistado a 38 periodistas, escritores, profesores, intelectuales relacionados de alguna manera con el viaje. La voz de Tejedor, impulsor del Máster en Periodismo de Viajes de la Universidad Autónoma de Barcelona y gran dinamizador de esta especialización periodística, se va entrelazando con las voces de Caparrós, Guerriero, Calaf, Carrión, Meneses, Morales, Ortín, Pancorbo... por mencionar solo algunos nombres.

Si subrayo la naturaleza dialógica de la obra es porque le confiere al texto una personalidad específica que lo hace especialmente fértil. El diálogo de Tejedor con sus entrevistados (y consigo mismo, pues son recurrentes las auto-interpelaciones) va hilvanado un hilo conductor que atraviesa tres etapas correlativas: el antes, el durante y el después del viaje. El resultado es un conjunto de recomendaciones, reflexiones, propuestas y nuevas formas de considerar el viaje que llevan al lector a entender esta actividad desde el multiculturalismo, la empatía, el otro, el respeto y, en cierto modo, la veneración de la diversidad cultural.

El bloque del “antes” (pp. 57-99) se centra en lo que idealmente convendría hacer al viajero antes de partir. Los preparativos son parte del viaje, pues empezamos a viajar desde mucho antes de abandonar nuestro hogar. En la *check-list* de actividades preparatorias destaca la lectura; es el punto de partida. La lectura domina la etapa del antes. “El primer paso es la lectura, la lectura de todo o casi todo”, asegura Tejedor, y si bien cada viajero tiene su propio método, “todos [los entrevistados] confieren a la lectura un papel decisivo” (p. 58).

La pregunta inevitable es qué leer, pues las fuentes disponibles son infinitas y heterogéneas: Internet como punto de partida, los relatos de otros viajeros, los mapas, las guías, las crónicas... La precaución que ha de tomar el viajero consiste en impedir que las lecturas determinen su percepción del lugar visitado. Las lecturas se plantean, así, como punto de partida, no de llegada. Lo mismo que los eventuales contactos sobre el terreno y los planes preestablecidos: todo ha de aprovecharse en beneficio de la experiencia única e irrepetible que supone cada viaje.

De esta experiencia del viaje trata el segundo bloque: “durante” (pp. 103-215). Nos introduce Tejedor en una serie de consideraciones prácticas sobre la intrahistoria del

viaje que realizamos: cómo nos desplazamos sobre el terreno; la oportunidad de perderse; las preguntas sobre lo que estamos conociendo; la capacidad de empatizar y de viajar hacia el otro (¿cómo resuena Kapuscinski en toda la obra!); el peligro del estereotipo; la educación de la mirada; la gestión del miedo, la soledad, el silencio, la paciencia y la prisa; la elocuencia de la arquitectura, los mercados y la alimentación; la aprehensión de las atmósferas inefables. Los detalles. Lo paradójico. Lo humano.

“El periodismo que *viaja para contar* debe apostar por lo humano”, asegura Tejedor. He aquí una de las ideas más revolucionarias del libro: “El periodismo nunca ha estado en crisis. La crisis –de la que tantas veces nos han advertido– es una crisis de la manera de hacer. El periodismo fue y es importante. Irreemplazable. La repetida crisis no solo eclosionó cuando cayó la publicidad. Primero nos alejamos de nuestros lectores” (p. 197). En mi opinión, aquí se produce una interesante conexión entre el *periodismo viajero* y el *periodismo narrativo*, sobre el que Tomás Eloy Martínez teorizó situando al ser humano en el epicentro de su actividad. Lo que Tejedor propone es un alegato a favor de la *re-humanización* del relato periodístico como camino de salvación de cualquier forma de periodismo.

En cuanto al tercer bloque, referido al “después” (pp. 219-263), el autor introduce al lector en algunas consideraciones sobre la escritura. ¿Por dónde empezar? La entradilla es fundamental en cualquier tipo de texto, como lo es el titular; pero, con ser importante, es un hecho que resolver el arranque no resuelve el texto. ¿Qué caminos tomar en la escritura? Tejedor propone cinco directrices sobre la voz del narrador: “*en o desde* la primera persona” (evitar el *yoísmo*, la *crónica yo-yo*); “convertirnos en aquel” (la narración en tercera persona y sus ventajas); “de tú a tú” (interpelar al lector con la segunda persona para acercarnos a él); “el narrador inevitable” (aceptar que es imposible desaparecer

del texto); “las otras voces” (que implica concebir el texto viajero como un crisol de diferentes voces).

En el momento de la escritura, acaso la advertencia más importante es huir de los lugares comunes. No solo nos referimos a los clichés y tópicos que funcionan como parches que impiden ver con claridad lo que tenemos delante. Los lugares comunes también se refieren a las expresiones y frases hechas tan recurrentes en este tipo de periodismo que, en realidad, lo vulgarizan. El estilo es una cualidad moral, decía Paul Valery, y con ello enfatizaba el hecho –o así lo entiendo yo– de que el texto es un reflejo bastante preciso de lo que sucede en la mente del escritor. La descripción de un lugar a base de tópicos, lugares comunes y frases hechas es la herida por la que supura la pobreza espiritual del viajero.

La lectura de *Periodismo y viajes* resulta entretenida y provechosa hasta la última página. Como es probable que el lector llegue al final del libro con ganas de más o, al menos, preguntándose ¿y ahora qué?, le aguarda una sorpresa entre las páginas 259-263. Tejedor pidió a cada uno de los 38 entrevistados tres títulos para componer una hipotética y potencial biblioteca viajera. El resultado es un listado de 112 libros, 23 películas y 4 recursos digitales que satisfarán la avidez del lector.

Este libro supone un viaje en sí mismo, una suerte de viaje iniciático y circular que, como estructura metalingüística, conduce al lector al punto de partida. En el capítulo titulado “Fin (o principio)” (pp. 265-268), Santiago Tejedor revela la verdadera razón de la obra: “Hacía tiempo que quería empezarlo. Pero no lo hacía. [...] Hacía tiempo que quería empezar un libro que hablara de viajes para contar. Pero nunca lo hacía. Quedaba siempre en la lista de pendientes; en la carpeta de los proyectos que, por apetitosos, acaban esperando demasiado. El libro ya estaba. Ya era. Pero era un libro no escrito” (p. 256).

Tuvo que llegar una pandemia global (¿no ha sido, no está siendo, la pandemia, un viaje?) para que el autor reuniera fuerzas y esperanzas para lanzarse a la aventura de escribir este libro tanto tiempo anhelado. Hablar del viaje en un momento en que no se puede viajar es una forma de revolución y, sobre todo, de reivindicación de nuestra naturaleza nómada. Viajamos porque vivir implica viajar; o, dicho de otra forma: hablar del viaje es hablar de la más humana de las cualidades del ser humano. De eso, nada más, pero nada menos, trata este libro.

Ignacio Blanco Alfonso
Universidad CEU San Pablo